

Florencio que entra en España. Y fué estrenada por José Tallaví—el mismo insigne creador de "Espectros", de Ibsen—en el teatro Español, de Madrid, el año de 1913.

**PENSIONADO POR EL GOBIERNO URUGUAYO.  
AMOR Y MUERTE EN MILÁN**

Cuando todos los públicos rioplatenses han aclamado a Florencio Sánchez, el Gobierno uruguayo le concede una pensión para que pueda viajar por Europa y conocer en su propia escena el teatro de dicho Continente. Pero Florencio ya es un incurable. La tisis le había hecho suyo antes, mucho antes, que la celebridad. Añádase a esto el poco cuidado que el dramaturgo otorga a su salud. No es un dominado por el alcohol, como otros compañeros de bohemia, mas tampoco le disgusta una copa de ajeno, ni el tirón de una ninfa fácil, ni la velada de una noche en torno a excesos más o menos literarios.

Florencio Sánchez sufre y disfruta dejándose a cada momento, a cada paso, en las esquinas y en los cafés, los reposos que su naturaleza y su imaginación necesitan. Y así va por este mundo de Europa, rápido, lanzado, sonámbulo de teatralizaciones agobiadoras. Va barranca abajo, como los héroes de este su gran drama rural.

Italia... Italia fué siempre una de las ilusiones viajeras de Florencio. Pero las nobles ciudades italianas apenas le pueden ofrecer otra cosa que esperanzas... para más adelante. Cuando el organismo del escritor se rehaga o vigorice un poco. Han sido densos los años de privaciones. Han sido muchos los días de pensamiento y angustia. De fatiga. Muchos... Son treinta y cinco años, Señor.

Florencio reflexiona si no sería mejor—ya—adelantar unos pasos a la muerte, echarle una manita.

Callorda, el cónsul de Uruguay en Milán, llega a casa de Sánchez en el momento en que éste suspende una cuerda del travesaño de un montante. Casi todo está preparado. El nudo corredizo pendulea como una invitación de hora final en finibusterre casero.

—¡No, viejo! ¿Qué idea le dió!—dice, severo, Callorda.

El autor de "Los muertos" se denuncia, arrepentido. Sí. Es una locura. Hay que vivir. ¡Vivir! Regresar a los campos del Plata.

Y Florencio parece recobrase. Es por ahora cuando surge una mujer en su vida. Sánchez no era—nunca lo fué—un misógino. No sabemos, desde luego, de ninguna pasión que le haya embargado. Pero saboreó del amor femenino lo que éste tiene de fugaz, lo que le permitían—o le prohibían—su labor y su dolencia.

Una noche, en un café de Milán, donde se reúne con algunos artistas—pintores y escultores—, conoce a una muchacha. Es rubia, de nacionalidad ignorada. Su nombre no ha llegado a nosotros. Sin embargo, sospéchase que no usaba el verdadero. ¿Era, entonces, una mujer o una sombra?... El autor americano empezó a sentirse cerca de aquella chica de aventura o de infortunio. De ambas cosas, seguramente. Florencio la propuso que le siguiese a América; le habló de proyectos y empresas, de una casita en la campaña, donde vivirían. Ella se entusiasmaba o fingía entusiasmarse... Hasta un día en que le vió cómo ocultaba, pálido, un pañuelo mal doblado... El joven trata de excusar, de disculpar aquel escamoteo de su morbo inseparable. Habla, explica; nos parece verle y oírle bajo la vergüenza, el pudor de una mentira que no puede con la pesadumbre de la verdad.

La muchacha no volvió ¿Qué hacer? Nada. Sonreír, y luego, solo, regresar a América.

Pero Florencio no regresa. Se queda en Milán, recostado para siempre, una madrugada. La madrugada del 23 de noviembre de 1910. El aire frío que entra por un balcón abierto de par en par le seca su última hemoptisis.

**FLORENCIO SANCHEZ Y LA ACTUALIDAD**

La escena y la crítica de hoy han olvidado casi por completo a Florencio Sánchez.

Es incomprendible. En la obra del autor uruguayo hay no sólo atisbos, sino realizaciones de sensibilidad dramática actual. Sus ambientes porteños, sus tipos psicopatológicos, su humanidad desgarrada y claudicante, no desmerecerían en el marco del teatro que vivimos. Sobre todo, ese calor inequívoco de los caracteres logrados, esa fuerza—por sí sola—de las situaciones, no puede haber dejado de interesar al alma contemporánea.

Todo lo contrario. El hombre de ahora, o mejor el público de nuestros días, siente como la necesidad de su propio drama y se recrea y sufre, siendo espectador despiadado de sí mismo. De su herencia, de sus errores; en suma, de su contumacia.

¿No sería interesante hacer desfilar el panorama representativo de los héroes de Florencio Sánchez, en paralelo o combinación, con esos tipos dramáticos que responden a la inquietud, a la angustia de nuestra hora?

J O S É V E G A  
(Ilustración y retrato de Florencio Sánchez por F. SÁEZ)

**Nuestros COLABORADORES**



El joven poeta colombiano Eduardo Carranza, cuyo retrato, como contrapunto, aparece en la página 20, publica en este número dos de sus composiciones: "Muchacha como isla" y el soneto a Teresa. Si el apunte se repite aquí, ya en positivo, es para subrayar que el "Preludio para un himno", de nuestra página tercera, con el que se abre la letra de este número, pertenece a la firma de este escritor colombiano, que tanto influye en las generaciones literarias de su país. Son tomos suyos, de poesía: "Canciones para iniciar una fiesta", "Seis elegías y un himno", "Ella, los días y las nubes", etc.



Si existe una poesía de los números, su quid debe poseerlo Enrique Blanco Loizeller (n. en Salamanca, 1916), doctor en Ciencias Exactas y profesor de Problemas especiales de Estadística Económica en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid. Pensionado, amplió estudios en las Universidades de Columbia, Chicago y Stanford, y asistió a numerosos Congresos de Estadística en Berna, en los Angeles o en San Pablo de Minnesota. Es miembro de honor de la American Society Quality Control (Sección de Iowa), de la Económica de la Universidad de Chicago y otras muchas entidades extranjeras.

Por las calles de Madrid, y con un descuidado empaque a lo Antonio Machado, pasa hoy José Coronel Urtecho, diputado al Congreso de Nicaragua y, antes que nada, extraordinario escritor y poeta, para parecerse a Machado por algo más que por el atuendo. Colaborador de las principales revistas de América—sobre todo con sus magistrales novelas cortas—, político, historiador e hispanista; viajero del Norte americano, con una larga estadía, y hoy—vital y filosófico—en España, Coronel Urtecho, que nació en Granada (Nicaragua) hace 42 años, es en su país el maestro de toda una generación política y literaria.



Este mejicano (n. 1883), que ocupó, durante muchos años, la cátedra de Historia de la Cultura Iberoamericana, en la Universidad de México, es hoy subdirector del diario "Excelsior", de aquella capital. Entre cátedra y libro, con el periodismo alternó misiones diplomáticas, y así, en 1919, Xavier Sorondo fue encargado de Negocios en Buenos Aires y, después, en Montevideo y La Paz. Xavier Sorondo sólo vive hoy para el periodismo y los libros: entre sus obras figuran "Bajo la Cruz del Sur", "Estampas de torería"—de gran lujo, con ilustraciones de Ruano Llopis—, "Poemas mejicanos" y "Aleros al pasado".



Luis Crespo Leal anduvo de la Filosofía al Derecho—de Facultad en Facultad—para alcanzar las dos licenciaturas, al par que era periodista, y especializarse después en Artesanía. Lo de especializarse en Artesanía se comprende mejor si se afirma que Crespo Leal fué durante mucho tiempo redactor jefe de la "Revista de las Artes y los Oficios", de Madrid. Este hombre, que nació hace treinta y ocho años en la provincia de Cuenca, colabora en numerosos periódicos españoles y americanos—entre ellos "Arriba", de Madrid—, según él, ya que no filósofo de plantilla o jurista, es poeta: poeta lírico.



Nació en Pamplona, pero es bachiller por Logroño, maestro superior por Zaragoza, inspector de Primera enseñanza por Madrid y abogado por Oviedo. El mozo que estudie de esta forma trahumante seguirá viajando toda su vida, si quiera sea por inercia, aunque en el caso de Antonio J. Onieva—hoy Director general de Prensa, Radio y Turismo en Marruecos—cuenta antes su inquietud viajera. Así, en idas y venidas, conoce Europa de punta a punta. Dió conferencias en Bruselas, Milán, Berlín, Haarlem... Dirigió periódicos y publicó muchos libros: "Entre montañas"—premio Nacional—, "César Borgia", etc.

Recién acabada la guerra española, la firma un tanto larga de Demetrio Castro Villacañas comenzó a aparecer en "Arriba" y otros periódicos de Madrid. Sin llegar a colocar un soneto de editorial, D. C. V. es hoy editorialista de aquel diario y, por otro lado, poeta adicto al grupo de "Garcilaso", que es el primer grupo de poetas de la postguerra española. Entre soneto lírico y artículo político, D. C. V. se hizo doctor en Derecho, fué director del semanario "La Hora", es hoy subdirector de la revista doctrinal "Unión" y publicó "Epístola y tres poemas más" y "Elegía a los muertos lejanos". (Nació en Cuenca, 1919).



La rúbrica de Hugo Rocha—n. Oporto, 1906—, cuyo estudio sobre la samba ha servido de base para la información que ofrecemos en la página 31, aparece desde 1922 en los periódicos portugueses y brasileños. Poeta, novelista, ensayista y periodista, el secretario de Redacción de "O Comércio do Porto" igual escribe sobre fonomenología que sobre folklore. Con "Bayete", volumen de crónicas africanas, ganó en 1933 el Concurso Literario de Periodismo, de Portugal. Entre sus doce libros figuran: "Primavera nas Ilhas", "O problema dos fantasmas", "Análise ao pensamento de um zolito" y "Poemas exóticos".



Por Madrid y las datas de 1933 a 1936 funcionaba la revista literaria "Eco"; que su director había fundado a los veintidós años. Este su director era abogado y se especializaba peligrosamente en psiquiatría; pero cuando el psicoanálisis pasó a negocio literario, él ya estaba de vuelta, románticamente. El es Rafael Vázquez-Zamora (n. en Huelva, 1911), que si dejó la psiquiatría, dobló su entrega a la crítica literaria, que hoy ejerce desde "Destino", de Barcelona. Especialista en la actual novela, el secretario del "Premio Nadal" ha publicado espléndidos estudios sobre novelistas ingleses y americanos.



Unos se enamoran del viejo Madrid y otros del siglo XIX, sea de Madrid o de Montevideo. José Vega—madrilloño (n. en 1906)—se entusiasmó con los dos temas, y tras las primeras obras de juventud, con una novela inicial (1925) que prologó Benavente, y de una temporada en París, que la pasó escribiendo de teatro, se dedica a la biografía, mientras traduce a Horacio y a Epicteto. Publicó "Luis I de España", "Don Ramón de la Cruz"—premiada por el Ayuntamiento de Madrid—y "Máiquez". Inquieto y ágil, prepara ahora la biografía del famoso torero Pedro Romero y una historia de la Literatura.

El orden de colocación de las anteriores notas biográficas se corresponde con el de la inserción de los trabajos que figuran en el número.  
La nota biográfica de Bodo Wuth—autor de la "foto" de la portada—aparece en la pág. 19 del número presente. Las de Ernesto La Orden y Manuel Sánchez Camargo han sido publicadas en el número primero. Y la de Eugenia Serrano, en el número cuarto.